

LIBROS

Un intento de novela gótica

La última novela de Ana María Matute, «La torre vigía» (1), constituye un intento desacomodado en nuestra literatura. La novela gótica no ha conseguido prosélitos, pero en «La torre...» se dan cita la mayoría, o, por lo menos, gran parte de sus elementos constitutivos, si bien bajo aspectos algo distorsionados, aunque conservando el trasfondo moral —quizá mejor, de investigación moral— de aquel género, lamentablemente periclitado.

La narración se cife al avatar de un adolescente descubriendo, más que la vida, el envés de la vida, en una experiencia de transmutación que se inicia con un macabro ritual —¿una simbólica eclosión?— y culmina —¿culmina?— en una extraña e insólita pirueta, con ribetes de parábola, cuyo significado a mí se me antoja algo nebuloso, si bien quizá sólo sea incapacidad por mi parte para calar más hondo tras una primera lectura.

La primera parte de la narración, las cien primeras páginas son absolutamente impecables; tanto, que cooperan en el desmerecimiento de lo que sigue, bastante más descuidado de estilo y lenguaje. Los personajes, cuyas funciones y actitudes se centran en la cotidianidad de una fortaleza medieval, son objeto de un cuidado descriptivo que decae a lo largo del libro, desdiciendo psicologías apenas esbozadas para centrarse exclusivamente en el adolescente protagonista, oscilante entre la ascésis y el realismo. Ana María Matute ofrece, en un principio, una serie de incógnitas, de sugerencias inconclusas, de datos, que consiguen del lector un ánimo de rastreo, a la busca de lo que haya de constituir la cla-



Ana María Matute.

ve de lo narrado. Fallido intento. Tales claves no aparecen, tales datos se difuminan. Al cabo, muy poco es lo que sabemos de la ogressa, de su mito y de su final, que sorprende por lo gratuito, haciendo inasibles los rasgos que hubieran podido configurar el símbolo. Menos aún sabemos del barón y de sus traumas, de su peculiar psicología. Nada de los tres hermanos del protagonista, ni de su odio por éste, ni de sus enigmáticos atributos. Da la impre-

sión de un mundo que, en un momento dado, gravitó excesivamente sobre el narrador.

Y en una primera percepción de este mundo recreado por Ana María Matute no es posible evitar la referencia a un libro absolutamente maravilloso, «La sorcière», de Jules Michelet (2). Todo el

(2) Existen dos versiones en castellano: «Historia del satanismo y la brujería», Editorial Siglo XX, y «La bruja», Editorial Matesa. Colección Maldoror, 1971.

ambiente y el cuadro antropológico trazado por el escritor francés aparece como un eco en la narración de Ana María Matute. Sin embargo, la autora no ha querido alcanzar las cotas, ni el afán desentrañador y sistemático de Michelet, enredándose en el laberinto de una confusa alegoría. Esto es lo que provoca —creo— que «La torre vigía» no alcance la altura que sus comienzos prometen. ■ CHAMORRO.

JAMES JOYCE Y GIORDANO BRUNO

Con respecto a la formación humanística de Joyce, la personalidad y la obra de Giordano Bruno jugaron un papel tan importante como Shakespeare y D'Annunzio en la puramente literaria. La teoría de la coincidencia oppositorum puesta en juego por el filósofo de Nola, quemado bajo la acusación de herejía el año 1600, en Campo del Flore de Roma, proveyó al escritor irlandés de la clave oculta para el binomio Shem-Shawn, del Finnegans Wake. Entre septiembre y noviembre de 1903 y por estrictas necesidades económicas, Joyce escribió para el «Daily Express» catorce recensiones, que aparecieron sin firma. En ese año, en el que se inicia asimismo en la obra de Nietzsche, Joyce se siente particularmente atraído por dos libros: «The House of Sin», de Marcelle Tinayre, y «Giordano Bruno», de J. Lewis McIntyre, escribiendo sobre este último el trabajo que a continuación reproducimos, extraído del libro «Escritos críticos», de J. Joyce, publicado recientemente por Lumen, en su colección Palabra en el Tiempo.



Con la excepción de un volumen que se encuentra en la Biblioteca Filosófica Inglesa y Extranjera, obra principalmente biográfica, no ha aparecido en Inglaterra otra que nos ofrezca la exposición de la vida y filosofía del herejarca mártir de Nola. Teniendo en cuenta que Bruno nació a mediados del siglo XVI, la aparición de una obra que se centra en su personalidad —y la primera que aparece en Inglaterra— no puede dejar de parecer un tanto tardía. Menos de la tercera parte de este libro está dedicada a la vida de Bruno, y el resto es una exposición y estudio comparado de su sistema. En estos días de millonarios, la vida de Bruno se nos antoja una fábula heroica. Monje dominico, profesor ambulante, comentarista de viejas filosofías y creador de otras nuevas, autor teatral, polemista, abogado defensor de sí mismo, y, por último, mártir quemado en el patíbulo en el Campo dei Fiori, Bruno, a través de estos modos y accidentes (tal como él los llamaría) del ser, conserva una constante unidad espiritual.

Prescindiendo de la tradición con el valor del naciente humanismo, Bruno apenas aplicó a sus investigaciones filosóficas el método filosófico de los peripatéticos. Su activo cerebro alumbraba hipótesis constantemente; su vehemente carácter le impide sin cesar a la formulación de recriminaciones; y aun cuando las hipótesis puedan ser

válidamente utilizadas por el filósofo en sus especulaciones, y a Bruno se le permitiera de vez en cuando contestar a sus detractores, las hipótesis y las recriminaciones llenan tantas páginas de la obra de Bruno que es fácil formarse una idea injusta e insuficiente de este gran enamorado de la verdad. Ciertos aspectos de su filosofía —que ofrece múltiples facetas— pueden ser desterrados al olvido. Sus tratados sobre la memoria, sus comentarios sobre la obra de Raimundo Lulio, sus incursiones en el peligroso terreno del que ni siquiera el irónico Aristóteles regresó sin menoscabo, es decir, la ciencia de la moral, sólo despertan interés por su carácter fantástico y medieval.

Sin embargo, como observador independiente, Bruno merece la más alta consideración. Antes que Bacon y Descartes, debe ser considerado el padre de la moderna filosofía. Su sistema, a veces racionalista y otras místico, deísta y panteísta, lleva siempre el sello de su noble mente, de su intelecto crítico, y está penetrado de esta ardiente simpatía hacia la naturaleza tal cual es —natura naturata—, que es el alma del Renacimiento. En su intento de reconciliar la materia y la forma escolásticas —formidables sustantivos, que en su sistema, considerados como espíritu y cuerpo, conservan muy poco de su naturaleza metafísica—, Bruno formuló una audaz

hipótesis, que representa un curioso precedente de la doctrina de Spinoza. No debe sorprendernos, pues, que Coleridge le describa como un dualista, como un Heráclito de su tiempo, y que citara como características de su pensamiento las siguientes palabras del propio Bruno: «Toda potencia de la naturaleza o del espíritu debe formar opuesto como única condición y medio de su manifestación; y toda oposición es, en consecuencia, una tendencia a la unión».

Sin embargo, el rasgo principal de todo sistema como el de Bruno es su intento de simplificar lo complejo. Esa idea de un principio último, espiritual, indiferente, universal, relacionado con toda alma o todo objeto material, como la Materia Primera de Tomás de Aquino estaba relacionada con todo objeto material, aunque pueda parecer injustificada bajo el prisma de la filosofía crítica, tiene un claro valor para los historiadores de los éxtasis religiosos. No es Spinoza, sino Bruno, el hombre embriagado de Dios. Penetra hasta más allá del universo material, que no se le antoja, como a los neoplatónicos, el reino de la enfermedad del alma, o, como a los cristianos, un lugar de prueba, sino una oportunidad para la actividad espiritual, y pasa de un heroico entusiasmo a otro entusiasmo, para unirse a Dios. Su misticismo guarda poca relación con el del padre Molinos o el de San Juan de la Cruz; nada hay en él de quietismo o de tinieblas de claustro: es un misticismo fuerte, de súbita elevación, militante. Para Bruno, la muerte del cuerpo es la cesación de un modo de ser, y en virtud de esta creencia y de la robustez de su carácter "prevaricador pero firme", que es consecuencia de dicha creencia, pasa a formar grupo con aquellos que ateneros no temen a la muerte. Para nosotros, su reivindicación de la libertad de intuición debe ser un perdurable monumento, y a aquellos que tan honorosamente han combatido en pro de estas ideas la leyenda de Giordano Bruno ha de parecerles más honrosa, más santa y más sincera que la de Averroes o Escoto Erigena.

(1) Editorial Lumen. Colección Palabra Seis, número 1. 1971.